Año: XXI, Diciembre 1980 No. 475

N. D. Por un error involuntario en el artículo anterior de Tópicos de Actualidad No. 474, no apareció el nombre del autor, quien es el Dr. Meir Zylberberg, economista y distinguido miembro de la Sociedad «Mont Pelerin».

PLANIFICACIÓN ECONÓMICA(1)

Joaquín Sánchez-Covisa

La planificación económica se ha convertido, para muchos de nuestros contemporáneos, en una especie de artículo de fe. Así como el hombre medieval creía en los valores de la vida ultraterrena, el burgués del siglo XIX en la espontánea continuidad del progreso y el revolucionario de todos los tiempos en el poder mítico de la revolución, el hombre actual cree generalmente en la planificación. No suele saber en qué consiste, a qué se refiere, ni cómo ha de funcionar. Pero imagina, sin más, que ha de resolver los problemas económicos de la sociedad moderna y ha de eliminar la injusticia, la pobreza y la inseguridad.

Como resultado de ese modo de pensar, la planificación y las oficinas de planificación han invadido la vida administrativa de países situados en las más distantes zonas geográficas, en las más diferentes etapas de desarrollo y en las más contrapuestas actitudes ideológicas. Hoy se planifica la economía, en mayor o menor grado, en casi todas partes del mundo. Se planifica en Venezuela y en Francia, en Chile y en Holanda, en la India y en el Senegal, en Yugoslavia y en la Unión Soviética. El hecho de que se depositen tan diversas esperanzas en los planes y se planifique en medios humanos, sociales y políticos tan variados, indica que bajo el término de planificación económica se entienden las cosas más dispares. Y aconseja, por lo tanto, formular algunas reflexiones en torno a su concepto y significación.

Lo primero que es preciso señalar es que, en un sentido general, nadie puede ser opuesto a la planificación. Planificar es ordenar racionalmente los medios y los fines de la conducta humana y, por lo tanto, el hombre, en cuanto ser racional, es por esencia un planificador. El dilema no es el de planificar o no planificar. Todos, en la medida que perseguimos fines y sustentamos ideales, somos necesariamente planificadores. El problema consiste en entender las cosas que hay que planificar y en planificar de acuerdo con la naturaleza de esas cosas. Si se nos permite el retruécano, diríamos que el problema consiste en planificar la planificación.

La planificación estatal

El Estado tiene, no sólo la posibilidad, sino el ineludible deber de planificar el sector público de la economía, esto es, el sector que responde a las necesidades colectivas y que sólo puede ser acometido por los órganos representativos de la colectividad. Debe establecer criterios de prioridad entre sus fines y ordenar racionalmente sus medios. Debe, en consecuencia, planificar las obras que ha de construir y los servicios que ha de prestar. Debe planificar la organización de la administración de justicia, de las funciones policiales, de los servicios sanitarios, educacionales y sociales. Debe coordinar la actividad de los despachos y entidades oficiales, evitar pérdidas y duplicaciones de energía y obtener un máximo rendimiento de los recursos limitados disponibles. He aquí una ingente y

permanente tarea de planificación estatal, que tiene la máxima jerarquía para el desarrollo económico de los pueblos y que descuidan no pocas veces, porque es dura y poco espectacular, las oficinas de planificación.

El Estado no puede en cambio planificar los bienes que la comunidad ha de producir o consumir, el modo como se han de producir esos bienes o lo que se ha de invertir o ahorrar. Puede en estos casos formular previsiones, pronósticos y conjeturas. Puede y debe afirmar el marco institucional que favorezca, en esas esferas, los resultados más deseables para la comunidad. Pero no puede determinar el valor futuro de magnitudes que dependen de las decisiones independientes y separadas de millones o centenares de miles de personas, de familias y de empresas.

Es posible que parezca excesiva esa afirmación ante el hecho evidente de que en una parte considerable del planeta, en los países dominados por el colectivismo totalitario, el Estado ha asumido coercitivamente la dirección y planificación integral de la economía. Mas cuando lo hace, como lo prueba la expresada experiencia, es a costa de sacrificar el bienestar y la libertad de los hombres. Y aún así fracasa en una tarea imposible. La fuerza inexorable de los hechos burla, de una u otra manera, las pretensiones de los planificadores. La planificación estatal hubiera privado de alimentos básicos a las masas laboriosas rusas si no hubieran podido contar con la posibilidad de comprar trigo en los países donde el Estado no planifica su producción. En el informe que presentó Nikita Kruschev, poco antes de su destitución, ante el Comité Central del Partido Comunista de la U. R. S. S. observaba incidentalmente que el plan de producción y almacenamiento de alimentos había puesto en peligro el abastecimiento de Moscú. Eso ocurría en la capital de un país que posee inmensos territorios y recursos naturales y que planifica su economía desde hace prácticamente medio siglo. Eso no ha ocurrido ni puede ocurrir en ciudades tan populosas como Londres, París, Chicago o New York, donde el Estado, pese a los ingentes problemas que suscitan esas formidables aglomeraciones humanas, no planifica el abastecimiento de la población.

La planificación del mercado

La eficiente planificación de la producción y distribución de bienes y servicios es la que se realiza a través de los libres mecanismos del mercado. Eso no significa, como imagina ingenuamente el crítico superficial, que las cosas marchen sin plan alguno, a la deriva o a la buena de Dios. Significa sustituir un plan central, coactivo, costoso e ineficiente por multitud de planes descentralizados. Millones de empresas están trazando, ejecutando y aquilatando todos los días planes de producción y distribución de bienes. Millones de personas están decidiendo todos los días sobre el modo de orientar sus esfuerzos y sobre el modo de distribuir los gastos de acuerdo con sus necesidades familiares actuales y futuras. El mercado y el sistema de los precios es el mecanismo invisible que ajusta y coordina, sin costos burocráticos y sin imposiciones coercitivas, esa multitud de planes individuales. Es el que adapta constantemente el uso de los recursos productivos a los cambiantes requerimientos de la población y al progreso incesante de la tecnología. Es el que estimula a cada una de las personas a producir más para vivir mejor. Eso no significa tampoco que el Estado deba cruzarse de manos y contemplar desde fuera el proceso, como imaginan a su vez los críticos ingenuos de un utópico sistema de *laissez-faire.* Al Estado corresponde una misión fundamental para asegurar el recto funcionamiento de ese proceso. El mercado no

es algo dado por la naturaleza. Es un sistema de organización que no funciona sin un Estado que perciba su significación, que imponga sus reglas y que ayude a corregir sus desajustes.

Perspectivas de la planificación

No es incurrir en pesimismo excesivo presumir que, en relación con la esfera de las actividades económicas privadas, los aspectos negativos de la planificación pueden hoy fácilmente superar a sus efectos favorables. Ello es especialmente cierto en los países en desarrollo, que disponen de recursos humanos calificados insuficientes para percibir el sentido de la planificación y que tiene en cambio una fácil propensión a dejarse llevar por falsos postulados económicos. Ello depende, en todo caso, de las características del medio social y político en que operan y, sobre todo, como se ha observado más arriba, de la calidad y de los conocimientos de las personas que lo manejan. Depende esencialmente de que esas personas tengan sensibilidad ante los procesos que generan efectivamente el crecimiento de la riqueza de los pueblos, o sean, por el contrario, de aquellos que imaginan que el empleo, el ingreso y la conducta de millones de personas puede dirigirse y manipularse desde el escritorio de una oficina de planificación.

Es interesante señalar que en el corazón de la Europa industrial tenemos hay ejemplos sobresalientes de soluciones contrapuestas. Son los que suministran Francia y Alemania. Aludimos obviamente a Alemania Occidental. Alemania Oriental, que funciona bajo un plan de signo colectivista se ha visto obligada a complementar ese plan con una frontera de metralla que frene el éxodo masivo de su población. Alemania Occidental es en efecto, un ejemplo manifiesto de una economía de mercado sin plan. Francia es por el contrario, el ejemplo de una economía de mercado con plan. Ambos países han experimentado un inusitado crecimiento en el período de la posguerra. Es instructivo, en todo caso, observar que el crecimiento de Alemania ha sido más estable e intenso que el de Francia, a pesar de que salió políticamente desmembrada y materialmente destruida por la guerra mundial. Es difícil, por otra parte, determinar en qué medida se debe el progreso de la economía francesa a los aspectos favorables del plan o factores ajenos a él que ha sabido afortunadamente respetar.

Observaba una vez Voltaire que es posible lograr la exterminación de una manada de carneros por medio de artes de brujería siempre que se les suministre a la vez una dosis suficiente de arsénico. Ese comentario tiene evidente relación con los temas que estamos debatiendo. En nuestro caso la finalidad perseguida sería el desarrollo y el crecimiento económico de los pueblos, el plan equivaldría a las artes de brujería y el instrumento eficaz que se oculta tras ellas al marco institucional que estimula el esfuerzo creador de empresarios y trabajadores. Es posible que en una sociedad que ha depositado su fe en la planificación sea útil recurrir a esas artes para asegurar el funcionamiento de los verdaderos motores de la economía. Mas no se debe ignorar el peligro de que los brujos o aprendices de brujo, deslumbrados o arrastrados por el mito del plan, destruyan los mecanismos que condicionan la riqueza, la prosperidad y el bienestar de los hombres.

---

(1) Tomado del libro Economía, Mercado y Bienestar